

Carlos Villar Flor

DOCTORES EN HUMANIDAD

—Si hay algún doctor presente en la sala... No, no se trataba de ninguna urgencia médica, sino de la habitual interpe- lación del presidente del tribunal (que ahora se llama “comisión”) a los asistentes al acto de defensa de tesis doctoral, que servía como colofón después de tres lar- gas horas de doctos discursos. Todo había transcurrido por los cauces ordinarios, teniendo en cuenta que esta no era una defensa ordinaria. El candidato, Bongani N’debele, había pasado cinco años en la prestigiosa universidad española becado por el Instituto de Pro- moción Africana, pero su quinquenio distaba mucho de haber sido académico. En los últimos meses, sin embargo, N’debele se había repuesto un poco del des- enfrenado modus vivendi del universitario occidental y se había aplicado al concienzudo plagio y refrito de ar- tículos que fueron ulteriormente reciclados en forma de tesis doctoral. Su director, que ahora se sentaba tras los familiares de N’debele, procedentes de la aldea suda- fricana perdida entre los montes de Lebombo, no había sido demasiado exigente. Este año estaba a punto de solicitar su cuarto sexenio y necesitaba, de cara a reci- bir la sanción de la omnipotente agencia evaluadora, otra tesis para engrosar su ya brillante currículum y su- mar un par de artículos más.

Sabía que entre los componentes del tribunal, no habría ninguna zancadilla. En efecto, los cinco miembros —amiguetes o adeudos en mayor o menor medida— se las habían arreglado para enhebrar un co- mentario erudito e incluso elogioso de una tesis que sa- bían inmeritoria. Por eso, cuando el director oyó la inter- pelación a los doctores de la sala, se levantó confiado y no tuvo reparo en exaltar generosamente las dudosas virtudes del trabajo de su doctorando, que versaba so- bre tres oscuros poetas sudafricanos. Los familiares no sabían castellano, pero un becario del Instituto de Pro-

moción Africana les servía de intérprete fragmentario, y con cada segmento de traducción provocaba revuelos de entusiasmo entre los miembros del clan, ataviados con sus coloridas túnicas.

—Pues si hay algún otro doctor que desee ha- blar... —exclamó el presidente, al tiempo que una idea graciosa le cruzó la mente. El presidente era un crack. En su turno de disertación había leído un discurso bri- llantísimo que sobrevolaba el aquí y ahora de la tesis y se elevaba hasta cuestiones filosóficas, hermenéuticas, étnicas y antropológicas que delataban una vasta eru- dición. En definitiva, su intervención había sido todo un prodigio del arte comentarístico. Tanto que había usa- do el mismo texto en alguna que otra tesis anterior, sin siquiera molestarse en actualizar los nombres propios en el documento informático. De hecho, donde antaño habían figurado autores tibetanos, nativoamericanos o esquimales, ahora estaban escritos a mano los nom- bres de los tres poetas sudafricanos sin que nadie se hubiera siquiera apercibido. En fin, el catedrático—pre- sidente era un crack, y se le ocurrió una sutil ironía en este momento. Dirigiéndose al intérprete, le conminó a traducir a los familiares su exhortación:

—Si hay algún otro doctor en la sala que quiera decir algo...

El interpelado le contempló con inicial estupor. Era lo más cercano a un hablante de zulú que el Institu- to había conseguido, y para él la tarea suponía un grato cambio respecto a sus forzadas labores habituales, a sus fotocopias y a sus cafés. Dudó unos instantes, pero luego se las arregló para encontrar las frases equiva- lentes. Los allegados de N’debele le escucharon con atención reverencial.



De pronto, uno de ellos se alzó, acaso el más anciano del grupo, ataviado con abalorios, plumas y collares. Se incorporó y con voz potente prorrumpió en un discurso solemne e histriónico, acompañado de lenguaje corporal acelerado y en ocasiones convulso. El intérprete intentó seguirle, pero pronto se dio por vencido y se limitó a embeberse de su vehemencia. Al cabo de un rato el anciano empezó a cantar un himno

suntuoso con muchos agudos y a moverse al compás. Los miembros del tribunal no habían visto nada igual. Solo después de pasados unos veinte minutos, y viendo que el orador parecía encontrarle gusto al ejercicio de la palabra, hablada y salmodiada, el intérprete empezó a plantearse si habría hecho lo correcto. Quizá “doctor” no fuera exactamente lo mismo que “sangoma” en la lengua de los Ngunis.

